

al temple, al aguazo y labrado al temple. Los posteriores descubrimientos han aumentado el número de sustancias capaces de servir de tela y las preparaciones para facilitar la aplicación de los colores, pero no han encontrado ningún género sustancialmente nuevo de pintura.

En la santa Imagen de Nuestra Señora de Guadalupe, sirvió de tela un ayate, que según el P. Sánchez está tejido con «ixtle» ó hilo de maguey, y según Clavijero con «icjotl,» es decir, hilo de palma. De todos modos como lo observa Cabrera, para una obra humana no podía haberse elegido tela más impropia. A lo que parece, en la maravillosa pintura de la Santísima Virgen de Guadalupe, están la cabeza y manos al óleo; la túnica y el ángel con las nubes que le sirven de orla, al temple: el manto de aguazo; y el campo sobre que caen y terminan los rayos, se percibe como de pintura labrada al temple. Jamás pintor alguno pensó en reunir en una sóla tela y obra los cuatro géneros de pintura, ni aún ocurriéndosele hubiera podido ejecutarlo, porque cada especie exige distintas preparaciones y éstas son contradictorias entre sí. Para pintar artística y duraderamente, cualquiera que sea el género de pintura es indispensable el aparejo, es decir la preparación destinada á recibir convenientemente los colores, pues sin ella éstos

no tendrían consistencia ni producirían el colorido deseado.

En el ayate que sirve de lienzo á la maravillosa pintura de la Santísima Virgen de Guadalupe, no existe aparejo ó disposición de especie alguna, como lo persuade el que un mismo aparejo no podría adaptarse á cuatro géneros de pintura que lo exigen cada uno distinto; y materialmente lo demuestra, el que á través de la tela se miran los objetos que están de la otra parte, y que vista á trasluz y por el reverso la pintura, se miran y transportan los colores que están en el haz de ella, siendo físicamente imposible lo uno y lo otro si se interpusiese la opacidad de cualquier disposición ó aparejo en el lienzo.

El adobo ó aparejo de la materia destinada á recibir los colores es tan necesaria para poder pintar al temple y tan adecuado para pintar con sujeción á las reglas del arte al óleo ó aguazo, que la falta absoluta de disposición de la tela en la pintura de Nuestra Señora de Guadalupe, era en sentir del insigne Cabrera, el argumento más poderoso y el que por sí sólo bastaba, para demostrar con toda evidencia el origen sobrehumano de la maravillosa Pintura.



## XXXVI.

**A**D. José de Ibarra, también pintor eminente, lo que más le persuadía el milagroso origen de la pintura era la inimitable perfección de ella. La perfección estética intrínseca de la Santa Imagen, es decir, su dulzura, su modestia, su unción, los sentimientos con que conmueve y las virtudes que inspira, son más para sentidas por las almas según su estado de gracia que para ser descritas, porque no caen bajo ningún criterio fijo y traducible por las reglas del arte. Las solas perfecciones que puedan hasta cierto punto ser apreciadas por éste, son las sensibles, como la proporción y composición, el dibujo, los trazos, y contornos y dintornos.

El dibujo de la Santa Imagen es tan acabado y perfecto, tan admirables sus contornos, tan singulares su conjunto y detalles todos, que hacían exclamar á D. José de Ibarra, en un noble arrebató de sinceridad: »En México han florecido pintores de gran rumbo, como lo acreditan las obras de los Chavez, Arteaga, Juarez, Becerra y otros de que no hago mención, que florecieron de estos ciento y cincuenta años ha—1600 á 1750;— y aunque vino á

este reino Alonso Vázquez, insigne pintor europeo, ninguno de los dichos, ni otro alguno pudieron dibujar ni hacer una Imagen de Nuestra Señora de Guadalupe. . . . mas ésto no se consiguió hasta que se tomó el perfil á la misma Imagen original (el que tiene mi maestro Juan Correa, que lo ví y tuve en mis manos) en papel aceitado del tamaño de la misma Señora con el apunte de todos sus contornos, trazos y número de estrellas y rayos; y de este dicho perfil se han difundido muchos, de los que se han valido y valen hasta hoy todos los artífices. He dicho todo ésto porque no se entienda que en estos tiempos ha habido facilidad de hacer, como se hacen las imágenes, de algún modo parecidas al original en cuanto se pueda, y que los antiguos no pudieron; que ni ahora se pudiera si no hubiese dicho perfil. Prueba de que es tan única y tan extraña que no es invención de humano artífice sino del TODO-PODEROSO.»

Hoy pasa lo mismo que según el testimonio de Ibarra pasaba hace más de un siglo, los mejores artistas nacionales y extranjeros que en ello se han ocupado, no han podido hacer una copia directa del original, no se diga igual pero ni aproximadamente parecida apesar de los muchos y nuevos elementos con que el arte pictórico cuenta, y de escoger y disponer ellos



la tela á su satisfacción. Siendo cierto por una parte que la perfección de la Santa Imagen es tan maravillosa que lo mismo esplende á los ojos de los ignorantes que de los inteligentes, y por la otra que hasta ahora no ha habido artista que no haya salido desairado en el desempeño de copiarla, el argumento de D. José de Ibarra que en ambos hechos se fundaba, es de una fuerza incontrastable.

## XXXVII.

**P**ARA D. Francisco Antonio Vallejo, el otro gran maestro que en unión de Cabrera é Ibarra, formó el triunvirato del arte en México durante el pasado siglo XVIII, distinta de las anteriores, era la razón más poderosa para persuadirlo del maravilloso origen de la Santa Imagen de Nuestra Señora de Guadalupe.

Con Cabrera se asombraba de la falta absoluta de aparejo en la tela y del empleo en una misma obra de todos los géneros de pintura; y con Ibarra admirábase de la perfección artística de la Santa Imagen; pero nada le convencía tanto de su origen sobrehumano, como el que esa perfección resultase no sólo sin el empleo sino contrariando abiertamente las re-

glas más fundamentales del arte mismo. «Y aunque todo lo que en la Santa Imagen se advierte,—son palabras de D. Antonio Vallejo dirigidas á D. Miguel Cabrera—es un prodigio, ó por mejor decir muchos prodigios de la Omnipotencia; no obstante lo que á mí me arrebató más la atención es, el dorado y perfiles negros que rodean la fimbria de la vestidura de la Señora; por ser ésta una práctica tan desusada entre los pintores de crédito que antes han procurado desterrarla nuestros autores así en sus obras como en sus escritos, por lo que le quitan de buen gusto á las pinturas, y no sucediendo como sucede este inconveniente en nuestra celestial pintura cuando parece que de aquel antecedente era forzosa esta consecuencia, es á mi corto juicio ésta, una de las maravillas que allí vemos muy particular y rara, pues á mí me parece conformándome con lo que Vd. dice, que aunque el más diestro pintor quisiese ejecutar una pintura con la circunstancia de los perfiles, y al mismo tiempo con aquel no sé qué de la gracia que le dan á nuestra Guadalupana, le sería, digo, imposible por incompatibilidad que hay entre uno y otro extremo.»

El poderoso argumento de D. Antonio Vallejo sobre el admirable y buen efecto que contra las reglas del arte producen en la Santa Imagen los perfiles, adquiere mayor fuerza si se



atiende á la inexplicable manera con que algunos de esos perfiles se miran ejecutados, según lo advirtió el maestro Cabrera. «En la labor de la túnica advertí—dice éste—un rarísimo primor: éste consiste en que está perfilada por el contorno y dintorno, cosa que hallo por imposible que ningún hombre hiciera, porque es perfil como del grueso de un pelo poco más y es tan igual y con tal aseó y primor, que solo acercándose se percibe: por cuya dificultad ó imposibilidad de ejecutarlo en el modo que se vé, discorro que se ha omitido en las imágenes que se han hecho y se hacen: al menos yo hasta ahora no he visto ni oído, que se haya practicado.» Imposible es en efecto, porque no habría ojos, pulso ni pincel humanos, capaces de trazar una línea del grueso de un cabello, y dividirla en el sentido de su latitud en dos mitades iguales en todo el trayecto de su serpeo.

También el maestro Vallejo tenía razón. El efecto que en la Santa Imagen de Ntra. Señora de Guadalupe producen los perfiles y la manera en que se observan ejecutados, son una prueba indudable de su origen sobrehumano.

## XXXVIII.

**E**N una muy rara circunstancia convinieron los seis maestros que el año de 1750 cotejaron la Santa Imagen, y si bien se reflexiona, sea quizás de las que concurren en la maravillosa pintura, la más clara prueba de su origen milagroso.

Siete son los colores primitivos; pero indefinidas son las combinaciones que con ellos pueden hacerse, y por consiguiente, los matices que de cada color pueden alcanzarse. Lo que sí es humanamente imposible, es con un mismo colorido obtener colores distintos, es decir, conseguir simultáneamente distintos matices de un mismo color y aun colores esencialmente diversos, con una sola coloración. En la Santa Imagen de Nuestra Señora de Guadalupe como desde hace siglos se viene observando, los colores que ella muestra son verdaderamente indefinibles, y ésto proviene de la diversidad simultánea de coloridos bajo una sola base de coloración. No se puede explicar porque tampoco se puede entender, pero es el hecho que el manto es azul y verde al mismo tiempo; la túnica morada y rosada; el rostro moreno, aperlado y gris-plomiso; y que en cada uno de es-



tos colores se muestran al mismo tiempo muchos matices de ellos mismos. Y éste fenómeno no puede atribuirse á los efectos de luz sobre el cristal que la resguarda ni sobre la Imagen, porque lo mismo se verifica con cristal que sin él, y el fenómeno persevera cualquiera que sea la luz á que la Santa Imágen se mire.

El colorido de la Santa Imagen que tan maravilloso es en sus efectos, no lo es menos por razón de las materias colorantes que lo producen. Los muchos pintores que en distintas épocas tan minuciosamente la han inspeccionado y cotejado, no han podido certificar la existencia en ella de ninguna de las sustancias colorantes conocidas. Donde este prodigio se hace más patente es en el dorado. Humanamente no es posible producir reflejos metálicos sin sustancias metálicas preparadas en una ú otra forma; y en la Santa Imagen el dorado produce esos reflejos sin que en él se observe sustancia metálica. Tampoco se le observa bruñido ni siquiera incrustado, sino como lo expresa Cabrera, al modo que se mira el polvo de oro en las alas de las mariposas, y al mismo tiempo tan profundamente adherido que parecen estar embedidos en oro los hilos de la tela ó «ayate».

Si en el concierto de dictámenes de tan insignes pintores, fuese dado á los profanos en

el arte de la pintura hacer oír sus piadosas conjeturas, quizás no sería temerario creer que los colores que se miran en la Santa Imagen de Nuestra Señora de Guadalupe son los colores desleídos de las mismas rosas. Si fuera posible hacer un análisis íntegro y absoluto de los elementos constitutivos de una rosa, tal vez se encontraría que con todos esos elementos y con solo ellos, está pintada la milagrosa Imagen. Tal prodigio no estaría en desacuerdo con la Omnipotencia Divina, pues por lo mismo que Dios que es infinitamente sabio es autor de la naturaleza, para obrar el milagro que no es más que una derogación de ésta, no necesita desgarrarla por completo sino sólo hacerla flexionar para que el prodigio se verifique.

De todos modos, el doble misterio de los efectos producidos por el singular colorido y de la naturaleza de las sustancias colorantes en la veneranda Imagen de Nuestra Señora de Guadalupe, convencen de su origen sobrenatural.



## XXXIX.

**U**N extraordinaria es como su origen la inexplicable conservación de la Santa Imagen. Como es sabido, el templo donde hoy está y el lugar donde hace siglos ha estado la venerada Imagen, se encuentra situado una legua al Norte de la ciudad de México y á la orilla occidental del lago de Texcoco. El terreno húmedo y salitroso de tal sitio, su atmósfera impregnada de los vapores que se levantan de la laguna, cuyas aguas son salobres, y cuyo fondo y orillas abundan en la sosa que vulgarmente llaman «tequezquite,» y los constantes vientos de muy variable temperatura que allí reinan, no son elementos de conservación sino de destrucción para una pintura, cualquiera que sea el género á que pertenezca y la manera en que haya sido ejecutada. Así lo demuestran las pinturas que allí están, las cuales aunque sean al óleo y con aparejo para durar, al poco tiempo se empañan y deslustran, y sin necesidad de muy largo tiempo se destruyen por completo.

La Santa Imagen de Nuestra Señora de Guadalupe cuenta ya trescientos cincuenta y seis años, y sin embargo, no han producido en ella

sus naturales efectos tantos y tan poderosos elementos de destrucción. No se entienda por ello que no se ha envejecido, pues por el contrario y sin que sea una contradicción, se vé que está nueva al mismo tiempo que es muy vieja, como ciertas naturalezas humanas vivificadas por la virtud, que envejecen en sanidad y frescura. De dos maneras pudo verificarse el prodigio de la conservación de la Santa Imagen; ó haciendo que el transcurso del tiempo no obrase absolutamente sobre ella, ó que apesar de ejercer su natural acción, ésta no fuese eficaz para destruirla. En este segundo modo, el prodigio al mismo tiempo de realizarse hace más patente su autenticidad. La extraña vejez que se le observa, no ha hecho perder á la Santa Imagen el dibujo ni la frescura de los colores, ha comprobado que el lienzo no tiene aparejo alguno y revela singularísimos caracteres de los cuales el más inexplicable consiste en que no caduca por grados y en su conjunto como cualquiera otra pintura, sino que en algunas partes sin que se pierda el dibujo no hay materia colorante.

Dos hechos han demostrado que no es natural la conservación de la Santa Imagen. Estos hechos constituyen las comprobaciones no sólo más terminantes, sino las dos únicas que pudieran idearse en calidad de contrapruebas. El



uno fué una devoción indiscreta, y el otro una temeridad indevota que se vió sellada por la tristísima muerte de su autor.

En su obra titulada «La Estrella del Norte» el R. P. Francisco Florencia, á la letra, dice: «A los principios del aparecimiento de la bendita Imagen pareció á los que cuidaban de su culto y lucimiento, que sería bien adornarla de querubines, que al rededor de los rayos del Sol le hiciesen compañía, y representasen el reverente obsequio que los espíritus soberanos hacen á su Reyna en el cielo. Así se ejecutó; pero en breve tiempo se desfiguró de suerte, todo lo sobrepuesto al pincel milagroso, que por la deformidad que causaba á vista de la permanente belleza y viveza de los colores de la Santa Efigie, se vieron al fin obligados á borrarlos. . . . Y esta es la causa de que en algunas partes del derredor de la Santa Imagen parecen que están saltados los colores.»

El Dr. José Ignacio Bartolache mandó hacer una copia de la Santa Imagen de Nuestra Señora de Guadalupe en las condiciones más semejantes y lo más parecida posible al original, y en 12 de Setiembre de 1789 logró que su copia fuese colocada en la Capilla del Pozito. Antes de ocho años, en Junio de 1796 tuvo que quitarse dicha copia del altar, porque como lo había verificado el pintor Alcívar, estaba to-

talmente opaca y deslucida; y el cronista Sedano que también la vió, atestigua «que se había vuelto verdinegra, mohosa, cenicienta y denegrida, hasta que acabó de desmerecer y desapareció.» Bartolache había provocado dudas sobre la verdad del milagro, y tal vez esperaba de su copia, deducir una prueba concluyente; pero no pudo ver en lo que paró su intento, porque mientras daba la última mano á una obra suya contraria al prodigio, fué arrebatado de entre los vivientes. Como el historiógrafo de Indias Muñoz primer impugnador contumaz del milagro murió en idéntica situación, no puede menos que impresionarse el corazón con tan rara é imponente coincidencia.

El resultado de ambas contrapruebas, constituye una demostración sensible é inegable, de que la conservación de la Santa Imagen no puede atribuirse á causas naturales.

## XL.

**LA** Santa Imagen de Nuestra Señora de Guadalupe ha de durar siempre? ¿Puede destruirse por violencia de fuego, agua ó fuerza? ¿Es percedera por el simple trascurso de los años? Querer penetrar los inexcusables designios de Dios es una impiedad, y tales preguntas serían blasfemas, si se for-



mulasen con otro ánimo que el de tranquilizar algunos espíritus vacilantes desvaneciendo sus cavilosas dudas. La manera con que hasta ahora se le mira envejecer en lozanía y frescura, es ya de por sí un nuevo prodigio. Pudiera envejecer para renovarse después por sí sólo y milagrosamente. Si por violencia ó lentamente pereciese, no por eso serían menos verdaderos y ni en algo mermarían, los milagros ya consumados de su origen y conservación. ¡Poderoso es Dios, para conservarla ó destruirla, según los adorables y ocultos designios de su infinita bondad!

A D. Miguel Cabrera, el más egregio de cuantos pintores ha habido en México por su piedad y su génio correspondíale pronunciar la última palabra. «Es el dibujo de la Santa Imagen, dice, tan singular y tan perfectamente acabado y tan manifestamente maravilloso, que tengo por muy cierto que cualquiera que tenga algunos principios del arte de la pintura, se difundirá en expresiones con que dará á conocer por milagroso este portentoso . . . . es tal su primor que se levanta mucho más allá de la más sutil destreza del arte . . . . No tiene contorno ni dintorno que no sea un milagro, como que está latiendo en este admirable dibujo la soberanía de su Autor.»

Y antes, en el mismo «Informe» había dicho:

«Lo cierto es que no había menester el lienzo en que está delineada la Sagrada Imagen tan poderosos contrarios para acabarse dentro de breve tiempo: bastaba sólo la materia de que se compone para que á poco tiempo se deshiciese y para que le lloráramos ya perdido. Razón porque juzgo que debemos atribuir esta rara conservación á especial privilegio que goza por estar pintada en él la Sagrada Imagen.»

Son tan singulares, en efecto, las circunstancias que en ella concurren y tan inexplicable su conservación, que racionalmente no pueden creerse las unas ni la otra meramente humanas. Y una vez admitidos como milagrosos el origen y la conservación de la Santa Imagen necesario es admitir como verdadera la Aparición, porque ambos prodigios son correlativos y solidarios el uno del otro.

## XLI.

**D**E todas las pruebas con que puede ser demostrada una verdad, ninguna es tan poderosa como el milagro, que es el sello de Dios que la confirma, el testimonio infalible por esencia. El milagro, que según lo definen los teólogos, es «el acto externo que excede al poder humano, y contraría las acostumbradas leyes de la naturaleza,» tiene una



fuerza probatoria absoluta porque la Verdad Infinita no puede engañarse ni engañar. Independientemente del origen y conservación de la Santa Imagen, son muchos los milagros que por intercesión de la Virgen Santísima de Guadalupe invocada como aparecida se han verificado, y es ésta aún en el sentido meramente filosófico, la más clara y robusta prueba de la verdad de la Aparición.

Son muchos los milagros obrados é incontables las gracias y beneficios dispensados, por intercesión de la Santísima Virgen de Guadalupe. No siendo posible enumerarlos todos, bastará para fundar la prueba filosófica de este género que de ellos se deriva, referir algunos de los obrados por Dios en distintas épocas, y que por su carácter y notoriedad sean de los más claros é indubitables. Desde su Aparición, en cada siglo la Virgen Santísima de Guadalupe la ha confirmado con algún portento de su amor y de su poder.

Al poco tiempo de aparecida, su milagrosa Imagen fué trasladada de la Iglesia Mayor de México á la primera ermita que se le erigió obedeciendo sus mandatos al pie del Tepeyac. Se celebró esa translación, especialmente por los indios, con grandes festejos, entre otros, simulacros bélicos por tierra y agua, que entonces se llamaban salomas guerreras. Uno de los

indios que en ellas tomaba parte fué accidentalmente muerto durante la procesión, por una saeta que de uno á otro lado le atravesó el cuello. Adoloridos por tan triste suceso, los que iban en la procesión, fervorosamente invocaron el amparo de la Santísima Virgen y habiendo llevado el cadáver del indio muerto á los pies de la Santa Imagen, en el momento de extraerle la saeta volvió el indio á la vida perfectamente sano, habiéndole quedado solo las cicatrices de la herida las cuales le duraron hasta que murió, en señal del prodigio. El indio así resucitado, en unión de Juan Diego se consagró al servicio de la ermita, en cuyo servicio sobrevivió muchos años.

La verdad del hecho consta por el testimonio de Alba Ixtixochil y del P. Sánchez que lo refieren como enteramente cierto, fundados en las aseveraciones de testigos que lo oyeron de quienes lo presenciaron. Así lo declararon también algunos de los testigos examinados en las solemnes informaciones que se levantaron en 1666. Por comprobado é indubitable lo dan el R. P. Mateo de la Cruz, Florencia y Veytia, y como verdadero lo confirma la antiquísima pintura que fielmente lo representa, y la cual hasta hoy se mira al lado derecho del presbiterio de la Iglesia Parroquial en la Villa de Guadalupe.



Este fué el público y solemne prodigio, con que en el siglo XVI se sirvió confirmar la verdad de su Aparición la Virgen Santísima de Guadalupe.

## XLII.

**E**N el primer tercio del siglo XVII, desde el año de 1629 hasta el de 1634, sufrió la ciudad de México, la inundación más peligrosa y más duradera que recuerda nuestra historia. Comenzó la inundación con un copiosísimo aguacero que duró treinta y seis horas continuas: siguieron abundantes lluvias que hicieron desbordar sobre la ciudad el lago de Texcoco y la inundaron de tal manera las aguas, que donde menos, subieron á dos varas de altura. Fueron enormes las pérdidas de intereses: muchos edificios se desplomaron cogiendo bajo sus ruinas á sus moradores: se escasearon todo género de provisiones: cesaron los más importantes actos de la vida religiosa y civil; y á causa de la inundación y la peste que se desarrolló con motivo de ella, según escribió el Virrey Marquez de Cerralvo á Felipe IV rey entonces de España, en menos de dos meses habían perecido treinta mil indios y de veinte mil familias españolas solo habían quedado en la ciudad cuatrocientos vecinos.

Tan apretada fué aquella calamidad que se pensó en trasladar la ciudad á la llanura situada entre Tacuba y Tacubaya. Para obtener remedio á tanto mal, se trajo de su primera ermita á la Iglesia Mayor de México, la maravillosa Imagen de la Santísima Virgen de Guadalupe. Por aquel tiempo había en San José del Carmen de México, una virtuosísima monja llamada Sor Inés de la Cruz, de la cual era confesor D. Alonzo de Cuevas Dávalos varón eminentísimo en santidad y letras. La Santísima Virgen se le apareció á la monja Sor Inés de la Cruz, y habiéndole explicado que la causa de la inundación era la justicia Divina, le dijo cómo y cuando debía concluir, mandóle lo comunicara así á su confesor, para que éste lo pusiera en conocimiento del Illmo. D. Francisco Manso y Zúñiga Arzobispo de México. Agregó la monja al Sr. Cuevas Dávalos que entonces no era más que presbítero, que él sería el inmediato sucesor del Illmo. Manso y Zúñiga. La profecía de la monja se cumplió en todas sus partes y al pie de la letra. Entre otros, dieron testimonio explícito de ella y de su cumplimiento, los dos Illmos. Arzobispos Manso y Zúñiga y Cuevas Dávalos, intachables ambos por sus virtudes, ciencias y elevada dignidad. A su vez, le dieron del testimonio de los dos preladados de la Iglesia Mexicana, D. Carlos de Sigüen-